

# Pedro Laín en 1948

Durante décadas quedó casi completamente intonso en un estante de mi librería *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad*,<sup>1</sup> que presumiblemente había comprado poco después de su publicación. Había leído con fruición la mayoría de los libros anteriores de Pedro Laín, de manera que explicar mi aparente indiferencia frente a *Vestigios* me resulta ahora problemático. De las pocas páginas abiertas leí sin duda el escrito «Calderón y nosotros», fechado primavera de 1946, y los comentarios desfavorables que escribí en los márgenes debieron de ser una razón, probablemente marginal, o de todas formas menos importante que la urgencia de otros compromisos, del abandono del libro. Dicho con toda sinceridad, la relectura de tales páginas sobre Calderón confirma mi disensión de lo que Laín dice a propósito de *El médico de su honra*, que es en realidad la aceptación del juicio de Menéndez Pelayo. Laín ya tenía escrito su libro sobre el gran santanderino, que me parece todavía sustancialmente valioso, porque estudia a Menéndez Pelayo en su desarrollo, y por lo tanto resulta más moderno que cierta reacción contra Menéndez Pelayo, que tendencialmente identifica a éste con los *Heterodoxos*, es decir acepta como exacta una interpretación muy limitada de su personalidad, y por consiguiente rechaza al autor de una manera expeditiva. El Menéndez Pelayo de 1881 que se ocupó de Calderón era un joven de veinticinco años, que además se daba cuenta de que su visión de conjunto del teatro (digamos mejor de la «comedia») calderoniano, estimulada por una ocasión exterior y un plazo imperativo (las celebraciones del centenario), era apresurada.<sup>2</sup>

Poco menos de cuarenta años después de aquel minúsculo episodio de mi «aventura

<sup>1</sup> Madrid, EPESA, 1948; 517 pp.

<sup>2</sup> Explico mis reservas sobre el valor de la crítica menendezpelayana sobre Calderón en Consideraciones sobre tres siglos de recepción del teatro calderoniano, en Calderón. Actas del Congreso Internacional de junio de 1981, Madrid, CSIC, 1983, t. 1, 117 ss. Sobre la actual tendencia a devaluar a Menéndez Pelayo cf. Menéndez Pelayo. Hacia una nueva imagen, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1983, 321 pp., y mi reseña en Rassegna iberística, 20 (sett. 1984), 52-55. Hay de todas formas que señalar que, al reimprimir el escrito sobre Calderón en *Vestigios* (lo hizo otra vez en *La aventura de leer*, Colección Austral, 1956, pero sin la advertencia de que voy a hablar), Laín reconoció que el título era «un tantico desmesurado», 139, «y que hay que pensar un poco en lo que psicológicamente están siendo "ya" los hombres que Calderón pinta». En *Vestigios* hay más citas de Calderón: a propósito de *El teatro de Gonzalo Torrente y de su Lope de Aguirre se cita La hija del aire, segunda (después de Macbeth) «genial versión escénica de este apetito moderno de mando y posesión»* (111), como demostró «un agudo estudio de Montero Díaz» (en unas Notas sobre la hija del aire, Las ciencias, 1936, 175-187); y en *La acción catártica de la tragedia, de enero de 1943, que se ocupa de la poética aristotélica, conocida profundamente a través de la erudición y reflexión internacional, sobre todo alemana. Sorprendentemente, apenas se habla en este ensayo de teatro español. Sin embargo, Laín, 247, se pregunta: «¿Qué sentido tuvo la tragedia en la vida de los pueblos que siguieron arraigados en su antigua fe? ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, la tragedia de Calderón? O, por mejor decir, ¿hubo en verdad "tragedias" en el teatro calderoniano?» El calderonismo actual, de Parker a Ruix Ramón, emplea la palabra, también a propósito de *El médico de su honra*.*

de leer», se me presenta una ocasión de volver a *Vestigios*. He leído por fin aquel libro de comienzos de 1948, es decir perfectamente coetáneo al primer número de *Cuadernos hispanoamericanos*, cuyo primer director fue Laín, y que ahora dedica uno de sus números monográficos, tan importantes para el estudio de muchos protagonistas de la cultura hispánica (una tradición empezada precisamente por Laín, con una elección extremadamente indicativa: *A la memoria de Antonio Machado*, sept.-dic. 1949),<sup>3</sup> a la personalidad y a la obra ingentes de su primer director.

La pregunta que en este contexto resulta inevitable es: ¿Cómo era Laín cuando fundó los *Cuadernos hispanoamericanos*? ¿Qué significó para Laín fundar y dirigir la revista? Un poco sorprendentemente, en *Descargo de conciencia*<sup>4</sup> no dice una palabra de esto; casi se diría que la experiencia no se grabó en su conciencia y memoria. Más tarde, en ocasión del número cuatricentenario, se preguntó quién era, qué era, cómo vivió y vio la fundación de los *CHA*. «Hispanoamérica. Para mí, la gran desconocida; más aún, la gran preterida.» Pero en 1948 estaba preparando el viaje a Hispanoamérica que en efecto realizó a los pocos meses de fundada la revista; de manera que el «¿por qué no? se convirtió en resuelta aceptación».<sup>5</sup> Resulta claro que la idea de los *CHA* no fue suya. Venía de arriba, y si pensamos ahora en la situación de aquella España nos explicamos perfectamente que alguien en las alturas haya tenido la idea. A fines de 1945 Francia había decidido el cierre de la frontera española. Las Naciones Unidas recomendaron en 1946 la retirada de embajadores: votaron en contra sólo seis países: los seis, hispanoamericanos. El gobierno de Perón proporcionó a España suministros alimenticios.<sup>6</sup> Resultaba evidente que una forma para salir del aislamiento era promover el diálogo con Hispanoamérica. ¿Quién más apto a establecer un diálogo que Pedro Laín Entralgo, que de diálogo y de conciliación hablaba desde los tiempos de la guerra civil? Laín, a pesar de todo, seguía siendo falangista, y por lo demás hasta su amigo Dionisio Ridruejo, que ya en 1942 había expresado su disensión, y a quien Pedro Laín había dirigido una *Epístola* al frente de *La generación del Noventa y Ocho*, en 1945, cuando Ridruejo estaba confinado en Cataluña; Ridruejo mismo, a quien Laín admiraba tanto por su valor, parecía acercarse a sus antiguos camaradas de lucha, como reacción natural a la, en realidad veleidosa, intención internacional de imponer a España, desde fuera, un cambio de régimen.<sup>7</sup>

<sup>3</sup> El culto por Antonio Machado fue específico de Dionisio Ridruejo, que conoció al poeta, cuando niño, en Segovia: cf. Hans-Peter Schmidt, Dionisio Ridruejo. Ein Mitglied der Spanischen Generation von 36, Bonn, Romanisches Seminar, 1972, 24. Sin embargo, Ridruejo, tan admirado por Laín, no resulta entre los colaboradores del número machadiano. De fines de 1948 a mediados de 1951 (cf. Schmidt, 167) Ridruejo vivió en Italia.

<sup>4</sup> Barcelona, Barral, 1976, 513 pp. Cf. mi reseña en *Rassegna iberistica*, 3 (dic. 1978), 51-55, de que el escrito presente es de alguna manera un desarrollo.

<sup>5</sup> Treinta y cinco años después, en *CHA*, 400 (oct. 1983), 7-10. Importante es también la Conversación con Pedro Laín Entralgo de Diego Gracia Guillén, que sigue (II-32). Al comienzo de este último escrito se cita, sin duda con la aprobación de Laín, el antecedente de Escorial, revista «fundada y dirigida por Dionisio Ridruejo y de la que Laín Entralgo fue subdirector», pág. 11.

<sup>6</sup> Cf. Ramón Tamames, *La república. La era de Franco*, Madrid, Alianza (Historia de España Alfaguara, VI), 1977, 518.

<sup>7</sup> Cf. Schmidt, 126. En la primavera de 1946 Ridruejo fue recibido por Franco. Según Schmidt, Ridruejo propuso al Jefe del Estado una evolución del régimen en el sentido de una adaptación a las formas de